

Austria con el imperio alemán, pasaba el Austria cisleitana por una lucha constitucional gravísima suscitada por el ministerio Hohenwart, Schaffle, Jirecek y Habetinek con su tentativa de hacer un arreglo con los checos, reconociendo su derecho nacional y la sumisión del elemento alemán en Bohemia al elemento checo. Cuando el parlamento de Praga hubo adoptado en 10 de octubre de 1871 los llamados artículos fundamentales como base del nuevo derecho público para toda la monarquía, dijo el periódico checo *Narodny Listy*: «El establecimiento del Estado de Bohemia es la contestación al establecimiento del imperio alemán.» El conde de Beust se opuso con todas sus fuerzas a esta revolución constitucional de los checos, sobre lo cual presentó una memoria al emperador y consiguió hacer caer aquel ministerio y su obra de arreglo (1); pero apenas había conseguido este triunfo el 30 de octubre, cuando recibió el 1.º de noviembre su destitución juntamente con el nombramiento de embajador en Londres, después de haber resistido durante cinco años a siete cambios de ministerio, de los cuales cinco eran al mismo tiempo cambios de sistema de gobierno. Había conseguido el último cambio de ministerio arriesgando toda su influencia, y no se ha explicado todavía este último suceso (2). Ciertamente es que esta destitución no fué acompañada de ningún cambio en la política alemana del imperio, porque el sucesor de Beust como ministro de Negocios extranjeros de Austria-Hungría fué el conde Andrassy, cuyo nombre por sí solo era el programa más elocuente. A raíz de su instalación en el puesto de Beust le dijo un antiguo diplomático que desearía conocer su programa como ministro de Negocios extranjeros, a lo cual le contestó Andrassy sonriendo: «Lo diré en tres palabras: no cometer necedades.» En la primera reunión de sociedad que dió, observó otro diplomático delante del busto del príncipe de Metternich: «Aquí me dijo un día el príncipe de Metternich: todo el mundo tiene razón, solo falta que cada uno viva hasta que se le dé.» En esto se adelantó el conde de Andrassy y dijo: «Es cierto, pero también es cierto lo contrario: todo el mundo está en el error y feliz el que vive hasta que le sacan de él (3).»

Su obra y la del príncipe de Bismarck fué la gran manifestación pacífica que dieron los emperadores de Austria y de Rusia cuando acompañado cada uno de su ministro de Negocios extranjeros visitaron al mismo tiempo al emperador Guillermo en Berlín.

Cuando se esparció en junio de 1872 la primera noticia del viaje del emperador Francisco José a Berlín, después de pocos días antes, en 28 de mayo, el heredero del reino de Italia y su esposa Margarita habían visitado al príncipe imperial de Prusia en esta capital, dijo el periódico vienés *Neue Wiener Tagblatt*:

«Las entrevistas de Ischl y de Salzburgo del año pasado señalaron un cambio en la política del Austria. Un embajador extranjero dijo entonces al conde de Beust que al esforzarse por que se realizasen estas entrevistas no hacía más que preparar su caída y esta predicción se confirmó; pero el lago después que hubo tragado su víctima se tranquilizó al momento y las relaciones de la corte de Viena con la de Berlín son hoy más amistosas que en ninguna época desde 1864. El conocimiento de los intereses comunes ha acercado primero a los pueblos y después a los gobiernos. Apoyándose la

(1) *Memorias*, tomo II, págs. 501 a 510.

(2) *Memorias*, tomo II, pág. 516. La destitución, escrita de propia mano del emperador, lleva la fecha del 1.º de noviembre, pero solo fué conocida el 6 del mismo mes.

(3) Okolicsany: «Datos para la característica del conde Andrassy,» *Revista alemana*, tomo XV, año II, pág. 171.

Alemania y el Austria cada una en las espaldas de la otra y protegidas por la Italia en el Sur contra un ataque de flanco, forman una potencia formidable que con la conciencia de sus recursos se halla en estado de conservar la paz en Europa y de poner coto a todas las concupiscencias de desquites y conquistas. La amistad que une al Austria y a la Alemania preserva a la Europa de los horrores de una guerra francesa de venganza, cuyo resultado borraría a la Francia durante muchos años de la lista de las naciones, y protege la civilización contra una invasión de la Rusia en el Mediodía y centro de Europa. Además, la inteligencia entre los gabinetes de Viena y de Berlín es una barrera contra las maquinaciones de los fanáticos ultramontanos que sueñan con restauraciones. No se hable ya de la «Santa alianza» ni nadie tenga miedo de su resurrección, porque aquellos tiempos pasaron y hoy la Francia (republicana,» cuyos «liberales» se entusiasman por el Papa infalible, representa más los principios de la «Santa alianza» que la Alemania y el Austria constitucionales. En cierto sentido la triple alianza de Alemania, Austria e Italia se dirige sin duda ninguna a defenderse contra el Vaticano; y aunque el conde de Andrassy no ganará en este concepto por la mano a Bismarck ni a Visconti-Venosta, no es menos verdad que la necesidad de defensa en que ha puesto a todos los gobiernos la conducta del partido jesuita en el concilio y en la Iglesia en general, forma un sólido lazo que ha de unir a los gabinetes de Viena y de Roma.» Este artículo puede considerarse como preludio semi-oficial de la entrevista celebrada en Berlín a principios de setiembre.

El 5 de setiembre de 1872 llegó a Berlín el emperador de Rusia Alejandro II, acompañado de Gorchakoff, su ministro de Negocios extranjeros, y al día siguiente llegó a la misma capital el emperador Francisco José acompañado del conde de Andrassy con su personal. Después de cuatro días de grandes fiestas volvieron a partir los soberanos extranjeros, sin que al decir de los ministros y de sus consejeros hubiesen ocupado su atención negocios políticos. El príncipe Gorchakoff dijo que nada se había escrito, y Bismarck dijo a una diputación de la ciudad de Berlín que en aquellos días le presentó el diploma de hijo adoptivo de aquella ciudad: «El mero hecho de esta entrevista de los tres emperadores será considerado en todas partes como acto final de los grandes sucesos que acaban de ocurrir y que garantizan la paz.»

La entrevista de los emperadores en Berlín significó el reconocimiento por la Europa del imperio alemán resucitado en medio del ruido de las batallas, como baluarte de la paz general, y así lo comprendió el mundo entero deseoso de paz. Esta gran creación del año 1871 no necesitó el reconocimiento solemne que el advenedizo protegido por la fortuna cree tan necesario para consagrar su triunfo. Lo que dijo el general Bonaparte en abril de 1797 hablando de la república francesa al marqués de Gallo, podía haberse dicho con mucha más razón del nuevo imperio alemán, el cual, si desde el día de su nacimiento no fué precisamente lo que es el sol en el firmamento, era no obstante un hecho que no necesitaba ser reconocido por nadie, porque ¡ay de aquellos que hubiesen pretendido no verlo ni contar con él! Sin embargo, no es indiferente para el Estado más poderoso saber cómo le consideran sus vecinos más principales y si se muestran fríos, sigilosos y desconfiados hasta ver si la nueva creación se consolida, ó si le contemplan como un aliado natural por tener amigos y enemigos comunes, para dar entonces, con su reconocimiento, solemne expresión pública de su comunidad de intereses. Este último fué justamente el objeto de la visita de los emperadores de Rusia y Austria. Esta última potencia significó con aquella manifestación su renuncia definitiva a

## CAPITULO VI

PRIMERAS LEYES ECLESIASTICAS DEL MINISTRO DE CULTOS FALK Y SALDO DE CUENTAS CON FRANCIA

La oposición que había encontrado en la cámara alta prusiana la ley relativa a la inspección de las escuelas se presentó más empeñada todavía al ponerse a discusión el proyecto convenido entre el gobierno y la cámara de diputados sobre la administración de los distritos en las provincias de Prusia, Brandeburgo, Pomerania, Posen, Silesia y Sajonia. Después de haber sido mutilado completamente este proyecto de ley por la mayoría feudal, toda la cámara alta lo rechazó en 31 de octubre de 1872 por 148 votos contra 18, interponiendo así su veto contra una de las reformas más valiosas y más urgentes que necesitaba la Prusia para su organización política, sin que valiese al gobierno la elocuencia con que el ministro del Interior, Eulenburg, desvaneció los conceptos erróneos y parciales del dictamen de la comisión. A los defensores de los antiguos parlamentos de distrito dijo que los estatutos en el sentido antiguo feudal eran ya insostenibles; que también era imposible mantener en favor de los grandes propietarios rurales el cargo de velar por el orden público, pues este cargo para ellos era más que cargo una carga molesta y para el país era una calamidad. Hablando de las investigaciones que con motivo del rapto de Ana Bockler se habían hecho en Stettin, Landsberg y otros puntos, dijo que habían sido presos 47 gitanos que, indocumentados, vagaban por el país sin que los propietarios rurales encargados de velar por el orden público se cuidasen de ellos. El ministro, para apoyar el proyecto de la administración autónoma de los distritos, dijo que pedía para ellos lo que en la organización militar de Prusia era el servicio obligatorio general; y cuando el señor de Kleist-Retzow le recordó los buenos servicios rurales en la época del conflicto, le respondió el ministro: «No creo que el conflicto fuera una riña que no tuviese más consecuencias que los clamores de venganza del vencido. Yo creo que el conflicto fué para todos los partidos una operación purificadora, de la cual todos sacarían y han sacado ya ventajas.» Al quedar vencido en la votación, dijo a la mayoría triunfante: «Ustedes cometerán una gran falta política y conseguirán lo contrario de lo que se proponen (1).» El mismo emperador se había declarado en términos muy precisos a favor de la ley, y cuando recibió con motivo de la muerte del príncipe Alberto a los presidentes de las dos cámaras dijo al conde Bruhl que estaba muy lejos de forzar la opinión de nadie, pero que el proyecto de ley de Eulenburg había sido firmado también por él y que él lo hacía suyo; que su realización era exigida por el interés público y que el haberlo rechazado obligaría acaso al ministro a presentar su dimisión, en cuyo caso difícilmente podría nombrarse un sucesor menos opuesto a la alta cámara. Antes de la votación final, cuyo resultado ya conocemos, había dicho el ministro: «Estamos convencidos de la necesidad de dictar esta ley de acuerdo con la plena aprobación de S. M., por manera que no renunciáramos a este propósito que trataremos de realizar por todos los medios que nos facilite la constitución.» En efecto, hecha la votación fué leído en el parlamento el mismo día, 31 de octubre, el mensaje real de suspensión de sesiones hasta el 12 de noviembre. Al reunirse otra vez el parlamento la cámara de diputados, conforme al deseo del ministro, aprobó el proyec-

todos los planes de venganza, mientras que la Rusia renovó con esta ocasión la expresión de su amistad antigua.

La conducta del emperador Alejandro II para con la Prusia y su política ambiciosa, aunque lenta, había sido siempre la de un amigo de fidelidad inquebrantable. En sus tres guerras había tenido el rey Guillermo en la Rusia un sólido escudo que le cubría las espaldas; y en lo que los czares Alejandro I y Nicolás habían faltado a su aliado, lo compensó con creces Alejandro II, debido todo a su impulso personal, sin que ni el pueblo ruso ni su nobleza tuviesen nada que ver con la obra de su soberano. Así como fueron íntimas durante los últimos seis años las relaciones entre las cortes de Berlín y San Petersburgo, fueron tirantes las que mediaron entre esta última corte y la de Viena desde que el Austria pagó el auxilio ruso contra los húngaros con su actitud hostil en la guerra de Crimea. Esta tirantez fué la nube negra que pesó sobre el plan de guerra de Gramont y de Beust. La Rusia y el Austria, los dos rivales en las cuestiones de la península balcánica, se habían dado también las manos en señal de amistad en Berlín, y si no demostraron con esto la renuncia a sus propósitos políticos en este concepto, manifestaron no obstante que necesitaban la amistad del imperio alemán, que garantizaba la conservación de la paz. Esta significación de la entrevista de Berlín recordó a los pueblos la acción de gracias que celebraron los soberanos de Rusia, Austria y Prusia después de la batalla de Leipzig en 18 de octubre de 1813. También celebraron en su entrevista de Berlín el triunfo sobre el predominio francés basado en la mentira, en la astucia y en la fuerza bruta.

La «Europa» que no pudo encontrar Thiers en su visita a las cortes neutrales, se había dado cita en Berlín espontáneamente, y así lo comprendieron los que en Francia entendían los signos del tiempo como John Lemoine, que dijo en el *Journal des Debats*: «Sería sensible que la atención de la Francia se dejara desviar por una indiferencia artificial acerca de lo que pasa en Berlín. Demasiado tiempo hemos vivido en ilusiones y en punible ignorancia. El despertar fué terrible y la lección durísima; ya es hora de que sepamos aprovechar nuestra desgracia. La entrevista enteramente personal de los tres emperadores de Alemania, Rusia y Austria es el suceso más significativo desde la guerra y los cambios ocurridos en los últimos tiempos. Efectuase esta conferencia con exclusión de Francia e Inglaterra, es decir, con exclusión del Oeste, que con su influencia liberal y de progreso ha sido durante más de cincuenta años la columna fundamental del equilibrio europeo y que al través de muchas vicisitudes ha sostenido durante este tiempo el sistema de la paz general. Es evidente que el centro de gravedad del equilibrio político del continente se ha trasladado a Berlín. Apartémonos de todos los engaños y conclusiones erróneas con que se ha querido disfrazar la entrevista de estos tres hombres, dueños absolutos del poder ejecutivo y del ejército, dirijámonos sin rodeos a la verdad brutal y confesémonos que esta unión está dirigida contra nosotros, y que la Francia es el objeto de las conferencias de los tres emperadores. Léjos nosotros de querer decir que la Francia se vea hoy más amenazada que ayer ó que tenga que prepararse a sucesos que ella no ha provocado. El nuevo imperio alemán, al invitar a su casa a los jefes de las otras dos potencias que antes eran más poderosas que la Alemania, hace en nuestro concepto una manifestación más bien defensiva que provocativa. La visita de los emperadores de Austria y Rusia a la nueva corte imperial alemana significa simplemente que si nos propusiéramos reñir otra vez no encontraríamos aliados. Hoy estamos solos, y solos estaremos mañana; esta es la enseñanza que sacamos de la entrevista de los tres emperadores.»

(1) Véase la obra: *Diez años de política interior, de 1862 a 1872. Los discursos del ministro del Interior, Eulenburg*, Berlín, 1872.



to de ley sin modificación ninguna por 288 votos contra 91. La cámara alta había sido aumentada con una hornada de 24 miembros nuevos de la confianza del rey, y con este aumento esta cámara aceptó también la ley sin modificaciones en 9 de diciembre. En la sesión del 6 de diciembre contestó el ministro á un miembro de la cámara alta que se lamentaba de la desaparición de la antigua Prusia feudal: «El orador dice que la discusión de este proyecto de ley es el último combate á favor de instituciones conservadoras orgánicas; yo lo llamo el combate primero para reanimar aquellas fuerzas robustas y sanas del Estado que necesitamos para mantenernos á la altura que exigen la Prusia y la Alemania. Vuestro interés y vuestro patriotismo os obligarán á ser mis más activos auxiliares en la realización de esta ley.» En la sesión del 9 de diciembre concluyó su discurso con estas palabras: «El árbol que ha crecido en Alemania brotando de la Prusia es un árbol liberal, una gran creación liberal, que Dios ha permitido crecer y cuyos frutos Dios permitirá madurar.» Los feudales en cambio con sus presagios siniestros recordaron al emperador Guillermo su edad juvenil, cuando asistió con idénticos temores á la lucha de reforma de los ministros Stein y Hardenberg. El emperador escribió con este motivo en diciembre al miembro más antiguo de la cámara alta que en aquella época de su juventud no había ni dos personas en la corte de Prusia que no hubiesen predicho que las reformas de aquellos ministros habían para apoderarse de la ruina de los propietarios territoriales y de la Prusia; que él mismo participaba de esta opinión, y que sin embargo, á la sazón estaba convencido de que sobre estas reformas descansaba la grandeza de la Prusia. Con esta convicción sancionó en 13 de diciembre la ley, que fué publicada en 23 del mismo mes.

El gran legislador de 1807 y 1808, el ministro Stein, había anulado la servidumbre de la gleba y la vinculación de la propiedad inmueble, pero no había conseguido derogar la jurisdicción de los grandes propietarios rurales y su facultad de velar por el orden público, cosas tan incompatibles con la soberanía del Estado, que no había liberal que no estuviese convencido de la necesidad de su supresión. Estos residuos del sistema feudal habían resistido á todas las modificaciones modernas, incluso la proclamación de la constitución de 1858, constituyendo lo que con mucha justicia pudo llamar el diputado Lasker en su discurso del 20 de noviembre de 1872, la contra-constitución de Prusia. Solo el año en el cual se inauguró el monumento de Stein en Nassau, trajo la coronación de la obra que aquel hombre de Estado había empezado en 9 de octubre de 1807. La ley de distritos dió á los habitantes rurales de las provincias del Este lo que la ley de municipalidades de Stein del año 1808 había dado á los habitantes de las ciudades (1).

Mientras seguía esta lucha de reforma en el parlamento, el príncipe de Bismarck tuvo que sostener otra con el embajador alemán en París, el conde Harry de Arnim, lucha que no llegó á hacerse pública hasta dos años después. Con esta lucha debió de tener indudablemente relación, no explicada todavía, la crisis ministerial en virtud de la cual el príncipe de Bismarck, con la mayor sorpresa general, fué destituido en 21 de diciembre de la presidencia del ministerio, siendo reemplazado en 1.º de enero en este cargo por el ministro más antiguo el conde de Roon, al mismo tiempo que el em-

(1) La organización de los distritos se encuentra expuesta detalladamente en el discurso del diputado Friedenthal, publicado también por separado en Berlín en 1872, y en el escrito de Gneist: *La organización de distritos en Prusia*, como complemento de la constitución; Berlín, 1876. Véase también mi obra: *El imperio alemán en 1872*, Berlín, 1873, página 65.

perador Guillermo en una carta afectuosísima confirmaba al príncipe de Bismarck en su cargo de canciller del imperio alemán.

El 9 de enero murió en Chislehurst el ex-emperador de los franceses Napoleón III, á consecuencia de una operación de la vejiga (2), á la cual se había sometido por haberse proyectado para el mes de marzo de 1873 su vuelta á París y un nuevo golpe de Estado para el restablecimiento del imperio. Todas las personas de su intimidad opinaban que en esta nueva salvación de la Francia el emperador debía mostrarse por lo menos un par de horas á caballo, lo cual no podría hacer en vista de su estado; pero se creyó que una operación quirúrgica se lo haría posible. Esta operación le acarrió la muerte. Los bonapartistas, que perdieron con esto su última esperanza, habían contado para su empresa con la neutralidad benévola de Alemania y quizás con su intervención activa. El embajador alemán Arnim estaba iniciado en el secreto, y hasta había procurado conseguir para la empresa el apoyo decidido del gobierno alemán. Ya en 6 de mayo de 1872 había escrito al príncipe de Bismarck que el presidente del gobierno francés, Thiers, se hallaba en un grande error en lo que opinaba sobre la situación de la Francia, á la cual impulsaba hácia la anarquía, de donde resultaría Gambetta forzosamente dueño del país si no se restablecía antes el imperio. Este, según la opinión de Bazaine, era la única institución que conservaba la fuerza necesaria para apoderarse de las riendas del Estado y reunir bajo sus alas protectoras á los espantados y á las clases acomodadas. Añadió el embajador literalmente: «Sin embargo, no es muy fácil dirigir los sucesos de manera que el imperio pueda establecerse realmente en el momento oportuno. Los bonapartistas políticos proponen que la asamblea nacional, al quedar vacante el puesto de presidente, nombre un dictador y que éste sea Mac-Mahon, el general Cissey ó Vinoy, y se dice que los

(2) Beust: *Memorias*, tomo II, pág. 365. «El emperador se decidió á sufrir esta operación solo porque era probable que tuviera que montar á caballo. Lo cierto es que entonces se tramaba una repetición de la vuelta de la isla de Elba y que debía verificarse esta vuelta á Francia el 20 de marzo. En aquella época se alimentaban esperanzas de una restauración napoleónica, conforme pude convencerme en las visitas que hice á Chislehurst. El emperador puso repetidas veces á prueba mi habilidad diplomática con preguntas encubiertas sobre la opinión de las potencias en el caso eventual de una restauración napoleónica; y repetidas veces oí mencionar á los bonapartistas el gran personal imperialista que estaba todavía disponible.» Oscar Meding: *Memorias para la historia contemporánea*, tomo III, págs. 258 y 259: «A fines del año 1872 y á principios del siguiente estaba en Francia todo preparado para la restauración del imperio; los horrores de la *Commune* habían avivado en el pueblo francés el deseo de un gobierno sólido, y el mariscal Mac Mahon se habría alegrado mucho de poder salir á recibir al emperador á su vuelta, como en otro tiempo recibió Monk al rey Carlos de Inglaterra. Para el desembarque estaba todo preparado y una persona de la confianza del círculo de Chislehurst se había informado en Berlín de cómo recibiría la Alemania, cuyo ejército de ocupación continuaba entonces todavía en Francia, un desembarque del emperador. La contestación fué precisa y terminante: «Estando en su lugar descanso.» Todo pareció pronosticar un éxito favorable; pero el emperador estaba padeciendo cruelmente del mal de piedra. La emperatriz Eugenia le instó á que se sometiera á la operación antes de acometer la empresa, y los médicos aseguraban feliz éxito; pero Napoleón no quería someterse á ella, porque creía poder soportar á pesar de su enfermedad las fatigas de la expedición, pero no podría resistir los sufrimientos de una operación. Esto dió lugar á una escena violenta entre él y la emperatriz, y finalmente cedió Napoleón á las instancias de su esposa, que se habían convertido en reconvenções: se efectuó la operación con toda felicidad, tal como lo habían pronosticado los médicos; pero también Napoleón había juzgado perfectamente su constitución: sus nervios, atormentados, se negaron á servir y el hombre quedó postrado y dormido para no despertar más. Esta historia de la muerte de Napoleón es poco conocida y su carácter trágico se aumenta cuando se agrega la muerte de su hijo, el último representante del principio napoleónico imperial; pero la fuente de donde he tomado esta noticia no deja la menor duda de su completa veracidad.»

tres se han comprometido á llamar al pueblo á expresar en un plebiscito su voluntad, que según esperan los imperialistas será llamar á Napoleón al trono. ¿Y si la asamblea nacional no eligiese presidente dictador ó si eligiese á Aumale ó á Casimiro Perier como presidente? En este caso cuenta el partido bonapartista con que nosotros correremos á su auxilio en nuestro propio interés, manifestando al dictador ó al presidente elegido nuestro deseo de que establezca un gobierno que nos garantice la paz y nos libre de la propaganda revolucionaria. Mi opinión, manifestada ya en otras ocasiones, es que no debemos rechazar las relaciones á que nos convidan los bonapartistas, tanto menos cuanto que no proyectan otras intrigas contra el gobierno actual. Entre todos los partidos es el único que solicita francamente nuestro apoyo y admite en su programa la reconciliación con la Alemania, mientras todas las demás fracciones evitan cuidadosamente toda relación con nosotros y escriben en su bandera la guerra de venganza contra Alemania. Reconozco en la candidatura del duque de Aumale un peligro no menos grande que en la de Gambetta y en la república llamada *décence*, que representaría en su caso Casimiro Perier ó Grevy, pero que de todos modos solo vendría á ser una transición para llegar á Gambetta. El mismo sistema de Thiers se está haciendo actualmente imposible por sus relaciones cada vez más íntimas con Gambetta. Por esto me parece á mí la situación política más conveniente la que nos deje por una parte el tiempo suficiente de hacer un arreglo con el gobierno actual para el pronto y seguro pago de los tres mil millones, y al mismo tiempo acelere el cambio de gobierno inevitable de una manera que la presencia de nuestras tropas en el país nos permita todavía ejercer una influencia determinante sobre la crisis en Francia (1).

A esta comunicación respondió el príncipe de Bismarck en 12 de mayo que, si bien estaba de acuerdo en que entre los diferentes partidos que se disputaban en Francia el gobierno, el imperialista era probablemente el que debía entrever la esperanza de un arreglo tolerable entre Alemania y Francia, lo cual no podía decirse de ninguna manera de los Orleans, esta consideración no bastaba para que por parte de Alemania se concediese á los bonapartistas una preferencia visible, porque tal preferencia les debilitaría, les perjudicaría en el concepto de la nación y dificultaría su situación. De consiguiente, la prudencia exigía continuar en la reserva que hasta entonces se había observado, siendo siempre la primera obligación apoyar al gobierno existente mientras representase la voluntad de cumplir lealmente la paz y de pagar los tres mil millones que quedaban todavía pendientes. Lo que viniera después, decía por último Bismarck, tendrá que justificarse y confirmarse en el concepto de Alemania.

El conde de Arnim no cumplió las instrucciones que Bismarck le dió en su contestación, pues no apoyó al gobierno de Thiers ni siquiera lo trató como digno de ser apoyado, sino muy al contrario como insostenible, designándolo así en las conversaciones políticas que tuvo con sus funcionarios más elevados. Cometió por ejemplo la imprudencia increíble de decir al conde de Saint-Vallier, al encontrarle casualmente en Nancy, que consideraba insostenible el gobierno, que al señor Thiers seguiría Gambetta, á éste la *Commune* y á la *Commune* un régimen de sable, si la Francia no se decidía á tiempo por una constitución monárquica, mencionando al hablar así al conde de París y al hijo del emperador Napoleón. El conde de Saint-Vallier refirió esta conversación al general Manteuffel y éste la comunicó en

(1) Hahn: *El príncipe de Bismarck*, tomo II, págs. 518 y 519.

1.º de noviembre á Bismarck, que á su vez escribió á Arnim en 8 de noviembre suplicándole que manifestara sus pensamientos y añadiendo: «Se me hace difícil creer que usted haya expresado su opinión respecto del porvenir de la situación de Francia á un representante oficial del gobierno cerca del cual se halla usted acreditado.» El embajador trató en 12 de noviembre de justificarse con tan poca suerte, y su opinión de que debía combatirse al gobierno de Thiers por ser peligroso resultó tan invencible, que Bismarck tuvo que hacerle comprender en su comunicación del 23 de diciembre que hallándose sus opiniones en tan abierta contradicción con las del ministro responsable, no había medio de seguir de esta manera, pues que la política extranjera lo mismo que las operaciones militares no admitía dos direcciones diversas. La opinión del embajador de que el pago de los millones pendientes de la contribución de guerra estaría asegurado bajo cualquier gobierno de Francia, era en concepto de Bismarck muy errónea y las seguridades que Arnim daba eran tan arriesgadas, que no podían admitirse en una relación oficial en virtud de la cual el rey pudiera tomar una decisión. Bismarck creía probable el pago de los millones restantes si Thiers continuaba en el gobierno, pero entendía que si una brusca revolución llevaba á la cabeza del gobierno de Francia á otra clase de jefes, sería menester desenterrar de nuevo la espada para conseguir el pago, y ya por esta contingencia estaba en el interés de Alemania no debilitar siquiera ni menos contribuir á que cayese el gobierno actual. Otra cosa sería si antes del pago de la contribución y de la evacuación del país uno de los pretendientes monárquicos se apoderara del poder. «En este caso se nos suplicaría que facilitásemos el crecimiento del germen monárquico haciendo á la monarquía respecto del pago pendiente y de la evacuación, concesiones que habíamos negado á la república. Ya se ve que pudiéramos negarnos á ello, pero temo que esto sería difícil sin que otros gabinetes, y en particular los más íntimos nuestros, nos recomendaran también que atendiéramos á robustecer el elemento monárquico en Francia. Verdad es que ni en Londres ni en San Petersburgo ni en Viena son bastante sutiles para creer que una Francia monárquica nos sería menos peligrosa que el dominio de las fracciones republicanas; pero la manifestación de esta creencia puede servir fácilmente de pretexto para aspirar á otros fines, como el de conmovier nuestra posición suponiendo que no sería conveniente para nosotros insistir en la entrega de los millones que debe darnos la Francia. De esta manera en poco tiempo podría formarse una opinión europea muy molesta que ejercería por lo pronto sobre nosotros una presión amistosa para hacernos renunciar á una parte de las ventajas alcanzadas. Mas adelante tendremos que oír acaso semejantes manifestaciones; pero de ningún modo debe ser nuestro objeto poner á la Francia en disposición de aliarse con nuestros enemigos actuales, aumentando su poderío con el restablecimiento de una monarquía bien ordenada. La enemistad de la Francia nos obliga á desear que sea débil, y nosotros procedemos con mucho desinterés no oponiéndonos con resolución y por la fuerza al restablecimiento de sólidas instituciones monárquicas mientras no quede completamente cumplida la paz de Francfort.»

Bismarck consideró completamente errónea la opinión que el citado embajador había expuesto por escrito y verbalmente al emperador, á saber: que la continuación interina de instituciones republicanas en Francia era peligrosa para las instituciones monárquicas de Alemania. No podía cometer semejante error sino un diplomático que como Arnim no había tomado parte en los últimos años en la vida interior de Alemania. «Estoy convencido, concluía diciendo Bis-